



El Presidente Nixon discute con Melvin Laird, consejero para asuntos internos, y John Love, jefe de energía, sobre las medidas a tomar en vista de la actual crisis.

ves a los Estados Unidos —como las de una intervención directa en la zona petrolera— y lleve a una agitación social grave desde un punto de vista social y económica en la Europa de occidente.

LA posibilidad de la intervención directa ha sido, naturalmente, estudiada por los propios árabes. El jeque Ahmed Yamani, de Arabia Saudita, que está recorriendo Europa para negociar su petróleo —está tratando de obtener aún más medidas contra Israel: estima que las tomadas hasta ahora son puramente verbales —ha advertido ya que en un caso determinado los países productores serían capaces de volar los campos petroleros. No ha añadido, pero podía haberlo hecho, que las amenazas de voladura las han hecho directamente los comandos palestinos, y que esta es una de las razones —además de las del beneficio inmediato por la elevación de precios— de que los países feudales estén combatiendo la misma causa que los revolucionarios.

UNA de las formas más características de esta crisis de autoridad es la de la crisis de las oposiciones. Los pueblos de Europa están acostumbrando a sus gobiernos para que les eviten la gran crisis que se viene encima; pero no encuentran en los programas de las oposiciones soluciones mejores. La izquierda en Francia tiene pocas respuestas; Wilson ha envejecido con el partido laborista; la democracia cristiana de Alemania Federal no representa más que un tiempo en el que quizá se fraguó todo. La situación más fácil de resolver, en este sentido, parece la de los Estados Unidos, porque se ha volcado sobre Nixon el cúmulo de los males. El desventurado encarna, a los ojos de su país y a los del mundo, todas las desventajas de la situación que, con toda seguridad, se llamará en la historia la crisis Nixon. Es posible que cuando dimita o sea expulsado por otras vías, y la Casa Blanca restaure su irradiación, haya un regreso de la confianza. ¿Por cuánto tiempo?

POR algunas de estas razones parece que la crisis actual puede ser menos difícil que la de 1929; o puede ser más grave si no se sabe manejar. Es probable que la caída de Nixon no sea una simple alternación de poder, sino la inauguración de una nueva etapa política; que en esa etapa de coexistencia sea más abierta y menos forzada que durante la etapa Nixon, y que la Unión Soviética se conforme con beneficios industriales, y no políticos directamente. Es muy probable que Europa se vea forzada a crear unas instituciones más democráticas, más abiertas también a la participación de todos, por sindicatos y partidos. La reorganización de la producción y la venta —la industria y el comercio— está haciendo falta: puede aprovecharse esta ocasión. Pero no podrá hacerse sin víctimas. Puede Israel ser una de ellas; pueden ser los países productores de materias primas la otra. Estamos en los albores de otro colonialismo.

PERO nadie sabe lo que puede suceder si la crisis se pudre antes de tiempo; si Nixon no se va y le apoyan otras fuerzas del país, si los Estados Unidos practican un sansonismo; si los países europeos no toman sus medidas de recesión teniendo en cuenta las necesidades sociales. Nadie sabe lo que puede suceder si los Estados Unidos dan prioridad a su enfrentamiento con la URSS, como pretendieron hacerlo el 25 de octubre; si los países occidentales eligen como víctima al pueblo de sus dificultades económicas, según las fórmulas clásicas y acreditadas. Por el momento, lo que impera en el mundo occidental es esta sensación de miedo. Esta es la cuarta crisis, la cuarta ola: el pánico. Si los gobiernos y los centros de dirección no consiguen dominar el pánico, todos los males pueden precipitarse. Si intentan dominarlo por una vía dictatorial, será aún peor. La única forma de recuperar la confianza perdida parece estar en hacer más participes a los ciudadanos de las situaciones en que se encuentran y de las soluciones posibles.

Los Contem pora neos

Me ha parecido encontrar estos días en la gente una especie de fruición por la era de desgracia que parece comenzar para la humanidad. Es algo más que el habitual componente de sádomasoquismo que ha hecho

tan famosos y tan atractivos a los españoles en el mundo y cuyas principales reservas espirituales están hoy almacenadas por la izquierda. Es también algo más que el simple pesimismo (el truco de los listos que se quieren hermanar con la desgracia antes de que suceda). Es más bien como una especie de descanso. Si viese una gran escasez, si se producen la gran crisis de energía y las dificultades para todos, ¿no sería otra vez el triunfo del orden antiguo, del orden natural? El orden natural, como se sabe, es aquel que a uno le conviene; se puede decir que hay tantas versiones de orden natural como ciudadanos en el mundo.

Hace siglos que se nos dice que el dinero es nuestro enemigo. Es una enseñanza que generalmente han impartido los que lo tienen para consuelo y contención de los que no lo tienen, con apólogos tan astutos y malignos como el de "la camisa del hombre feliz" y otros de su cuerda. Y hace años que se nos enseña también que el objeto es nuestro enemigo. Corremos tras él, nos afanamos por él; y lleva dentro la muerte y la destrucción. Se ha hecho del automóvil su símbolo. El hecho de que también el automóvil sea ahora en Europa y en América el elemento más visiblemente alcanzado por la calamidad parece obra del Destino. Si el dinero se hunde en la inflación, si el objeto comienza a desaparecer por falta de materias primas y de energía, habremos perdido de vista dos peligrosos contrarios, dice el neorrusiano. Todo se lo va a llevar la inflación. Nadie sabe bien en qué consiste, pero la inflación tiene su morboso atractivo. Al español siempre le han gustado las gordas (su sexualidad nunca se ha recuperado de la línea flaca que le vino hace años de Europa, sin duda como una parte de la gran conjura para acabar con

nuestra entereza), y la inflación evoca, sin duda, en el inconsciente freudiano la presencia de la dama gorda de nuestros pensamientos.

Hay otros componentes más interesantes. Uno es el de que por fin

podían llegar a pasarnos las mismas cosas que a los europeos. El español tiene la idea de que hay que comenzar por identificarse con lo malo para poder llegar a compartir lo bueno. Si uno quiere comenzar por lo bueno, generalmente no le dejan. Si ahora llegásemos a ser europeos de la escasez, podríamos llegar a ser europeos de todo lo demás. El otro componente es el de que, por fin, pase algo. Iba a escribir "aunque sea malo", pero eso es obvio: lo bueno nunca pasa. Lo bueno sólo existe como ideal, y esa es función en la vida del hombre y la de los pueblos. Pero lo peor es que no pasa nada, y de esta forma, por comparación, lo malo, si acontece, es bueno. Reaviva, saca del torpor televisivo, del aburrimiento, de la nadería. ¡Cuántos laicos envidian estos días de agitación y el movimiento de curas y obispos! Decididamente, el clero sigue teniendo privilegios que no tienen los seculares, aunque sea este de que les esté pasando algo.

Debo advertir que estoy describiendo, no compartiendo. Creo encontrar fruición en los albores de la era de la escasez, y los relato. Doy las impresiones de lo que me impresiona. Personalmente, mi posición es muy distinta. Yo soy un verdadero pesimista, un pesimista sin trucos. Persona de pocas o ninguna esperanza. Por eso no creo que la era de la escasez vaya a ser verdad. Me temo lo peor, y lo peor es que el dinero será siempre el dinero, y el objeto no perderá tan fácilmente su reinado. Incluso creo que los gobiernos del mundo se están excediendo en sus gritos de alarma y en sus medidas de restricción y de penuria para luego aparecer como los resolutores de la crisis. Creo que la era del objeto dominado y perdurable —para toda la vida—, la era del hombre y no de la energía, han terminado para siempre. Una calamidad. ■

LA CALAMIDAD

POZUELO